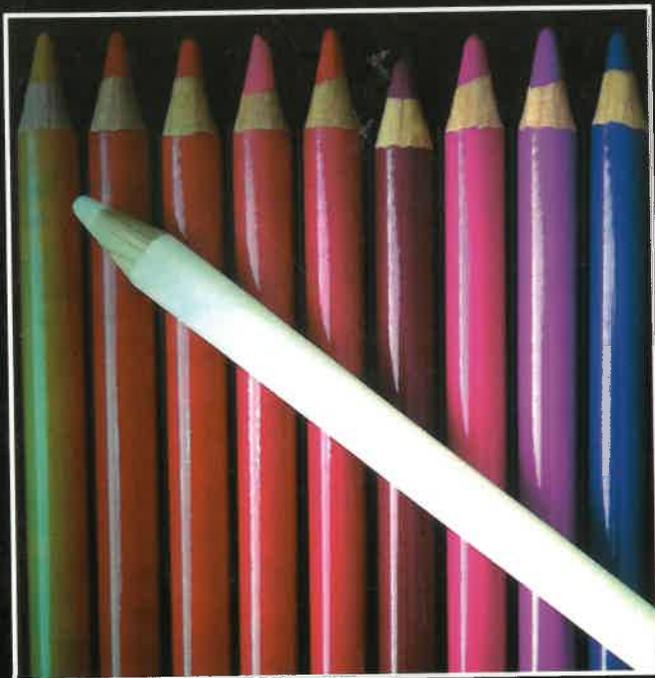


Los años de peregrinación  
del chico sin color



Cuando Tsukuru Tazaki era adolescente, se sentaba durante horas en las estaciones para ver pasar los trenes. Ahora, con treinta y seis años, es un ingeniero que diseña y construye estaciones de ferrocarril y que lleva una vida tranquila, tal vez demasiado solitaria. Cuando conoce a Sara, una mujer por la que se siente atraído, empieza a plantearse cuestiones que creía definitivamente zanjadas. Entre otras, un traumático episodio de su juventud: cuando iba a la universidad, el que fue su grupo de amigos desde la adolescencia cortó bruscamente, sin dar explicaciones, toda relación con él, y la experiencia fue tan dolorosa que Tsukuru incluso acarició la idea del suicidio. Ahora, dieciséis años después, quizá logre averiguar qué sucedió exactamente. Ecos del pasado y del presente, pianistas capaces de predecir la muerte y de ver el color de las personas, manos de seis dedos, sueños perturbadores, muchachas frágiles y muertes que suscitan interrogantes componen el paisaje, pautado por las notas de *Los años de peregrinación* de Liszt, por el que Tsukuru viajará en busca de sentimientos largo tiempo ocultos. Decididamente, le ha llegado la hora de subirse a un tren.

Ilustración de la cubierta:  
© Sylvia Sans.

PVP 19,95 €

ISBN 978-84-8383-744-3



9 788483 837443

Haruki Murakami

LOS AÑOS DE PEREGRINACIÓN  
DEL CHICO SIN COLOR

colección andanzas



TUSQUETS  
EDITORES

Obras de Haruki Murakami  
en Tusquets Editores

ANDANZAS MAXI

Crónica del pájaro que da cuerda al mundo	Tokio blues. <i>Norwegian Wood</i>
Sputnik, mi amor	Al sur de la frontera, al oeste del Sol
Al sur de la frontera, al oeste del Sol	Crónica del pájaro que da cuerda al mundo
Tokio blues. <i>Norwegian Wood</i>	Sputnik, mi amor
Kafka en la orilla	Kafka en la orilla
Sauce ciego, mujer dormida	Sauce ciego, mujer dormida
After Dark	After Dark
El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas	El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas
De qué hablo cuando hablo de correr	De qué hablo cuando hablo de correr
1Q84 Libros 1 y 2	1Q84 Libros 1 y 2
1Q84 Libro 3	1Q84 Libro 3
Baila, baila, baila	Baila, baila, baila
Después del terremoto	
Los años de peregrinación del chico sin color	

HARUKI MURAKAMI  
LOS AÑOS DE PEREGRINACIÓN  
DEL CHICO SIN COLOR

Traducción del japonés de Gabriel Álvarez Martínez

TUSQUETS  
EDITORES

no destacaba en nada en particular. Sus notas eran más que aceptables. Estudiar no le entusiasmaba, pero prestaba atención en clase y, después, preparaba o repasaba las lecciones lo mínimo necesario. Se había habituado a ello desde pequeño. Igual que a lavarse sin falta las manos antes de cada comida y a cepillarse los dientes después. Por eso aprobaba todas las materias sin mayor dificultad, aunque sus calificaciones nunca llamaban la atención. Mientras no diera problemas, sus padres no lo atosigaban con las notas, y tampoco lo habían obligado nunca a ir a una academia ni le habían puesto un profesor particular.

El deporte no le disgustaba, pero nunca participaba en las actividades deportivas extraescolares. En ocasiones jugaba al tenis con amigos o con miembros de su familia, iba a esquiar o nadaba; eso era todo. Era bien parecido, como los demás le recordaban de vez en cuando, aunque en realidad sólo querían decir que «no estaba tan mal». Cuando se miraba al espejo, sentía a menudo un hastío irreprimible. Ni le interesaban demasiado las artes, ni tenía ninguna afición o habilidad especial. Más bien era un chico taciturno, reservado, que enseguida se sonrojaba y se sentía incómodo delante de las personas que acababa de conocer.

Si tenía alguna peculiaridad, por así llamarla, era que su familia era probablemente la más pudiente de las cinco y que su tía materna era una actriz veterana, discreta pero muy conocida. Sin embargo, no estaba dotado de ninguna cualidad de la que se sintiera orgulloso o que le gustara mostrar en público. Al menos así lo veía él. Era comedido en todos los aspectos. Si hubiera que definirlo con algún color, éste habría sido desvaído.

Tal vez podría considerarse una afición el hecho de que le encantaran las estaciones de tren. No sabía por qué, pero desde que tenía uso de razón siempre le habían fascinado. Ya se tratará de las enormes estaciones del tren bala, de pequeñas

estaciones rurales de una sola vía, o de estaciones para carga y descarga de mercancías, no importaba: todo lo que tuviera que ver con las estaciones le apasionaba.

De niño le fascinaban las maquetas de trenes, igual que a todo el mundo, pero lo que realmente le interesaba no eran las locomotoras ni los vagones construidos hasta el más mínimo detalle, ni las vías que se extendían por complejos entramados, ni los diversos dioramas, sino simplemente las maquetas de estaciones normales y corrientes. Le gustaba mirar cómo los trenes de juguete pasaban por las estaciones, cómo iban aminorando la velocidad hasta detenerse justo delante del andén. Imaginaba el trasiego de los pasajeros, le parecía oír los avisos por megafonía y la señal de partida de los trenes, se figuraba los vivos ademanes de los empleados de la estación. En su cabeza se mezclaban realidad y ficción, e incluso a veces la emoción le hacía estremecerse. Sin embargo, era incapaz de explicar a quienes lo rodeaban por qué le atraían tanto las estaciones de ferrocarril. Y aunque hubiera conseguido explicarlo, lo más probable es que lo hubiesen considerado un bicho raro. En ocasiones, él mismo pensaba que quizá tuviera un lado *no muy cuerdo*.

Pese a carecer de una personalidad o unos rasgos remarcables, y de tender siempre a la mesura, tenía —o parecía tener— algo que lo distinguía de quienes lo rodeaban, algo que no era del todo común. Esta visión contradictoria de su persona le había confundido y desconcertado en más de una ocasión, desde pequeño hasta la actualidad; unas veces, ligeramente; otras, de manera bastante profunda.

A veces Tsukuru se preguntaba por qué sus amigos lo habían aceptado en el grupo. «¿De veras me necesitan? ¿No se lo pasarían mejor sin mí? ¿Acaso todavía no se han dado cuenta? Quizá sea cuestión de tiempo», se decía. Pero cuantas más

vueltas le daba, más confuso se sentía. Tratar de averiguar su propia valía se asemejaba a calibrar una sustancia sin disponer de una unidad de medida. La aguja se disparaba debido a que no había un punto fijo en el que detenerse.

Pero a los demás miembros del grupo no parecía importarles. Tal como Tsukuru lo veía, cuando se reunían para hacer algo juntos, todos se lo pasaban en grande. Y para eso tenían que estar los cinco. Ni uno más, ni uno menos. De igual modo que un pentágono regular está formado por cinco lados de la misma longitud. Sus rostros así se lo transmitían.

Por supuesto, Tsukuru se sentía feliz y orgulloso de saberse pieza indispensable de ese pentágono. Adoraba a los otros cuatro y amaba esa sensación de unidad más que nada en el mundo. Igual que un árbol joven absorbe los nutrientes del suelo, Tsukuru tomaba del grupo el sustento que la adolescencia requiere, y lo transformaba en el valioso alimento que le permitiría crecer, o lo reservaba y almacenaba en su cuerpo como fuente de energía para cuando lo necesitase. Aun así, en lo más hondo de su corazón persistía el temor a que algún día tuviera que desprenderse de aquel entrañable grupo, a que pudieran repudiarlo y abandonarlo. La preocupación por quedarse solo afloraba a menudo en su mente, igual que una oscura y funesta roca que emerge de la superficie del mar cuando desciende la marea.

\*

—¡Así que de pequeño ya te gustaban las estaciones de tren! —dijo Sara Kimoto con asombro.

Tsukuru asintió, no sin cierto reparo. No quería que ella pensara que era uno de esos *otaku*\* como los que antes solía

\* Término japonés con el que se alude peyorativamente a aquellas personas obsesionadas con alguna afición. (N. del T.)

ver en la Facultad de Ingeniería y ahora en el trabajo. Sin embargo, quizá lo fuera, al fin y al cabo.

—Sí, no sé por qué, pero es así —reconoció.

—Eres una persona bastante perseverante, ¿no? —dijo ella. A pesar de que debía de parecerle gracioso, no se apreciaba en sus palabras ningún deje peyorativo.

—No sé explicar por qué me pasa eso con las estaciones, por qué precisamente con las estaciones...

Sara sonrió.

—Seguro que es tu vocación.

—Quizá —concedió Tsukuru.

«¿Por qué hemos acabado hablando de esto?», se preguntó. Todo *aquello* había ocurrido hacía mucho tiempo, y prefería borrarlo de su memoria. Pero Sara, por algún motivo, insistía en saber más detalles sobre su época del instituto. ¿Qué clase de estudiante era? ¿A qué se dedicaba? Y, sin apenas darse cuenta, la conversación derivó de forma natural hacia la pandilla. Los cuatro con color y Tsukuru Tazaki, el chico sin color.

Se encontraban en un pequeño bar en las afueras del barrio de Ebisu, en Tokio. Habían planeado cenar en un pequeño restaurante que Sara conocía, pero ella le había dicho que había almorzado tarde y que no tenía demasiada hambre, así que cancelaron la reserva y acabaron tomando una copa en un bar mientras picaban queso y frutos secos. Tsukuru no puso objeción. Nunca tenía mucho apetito.

Sara era dos años mayor que él y trabajaba en una importante agencia de viajes. Se dedicaba a organizar *tours* por países extranjeros. Como es natural, su trabajo la obligaba a viajar mucho. Tsukuru, por su parte, se dedicaba al diseño y mantenimiento de estaciones de tren en una empresa ferroviaria que cubría el área occidental de la región de Kantō, que incluía Tokio; era su vocación, como había dicho Sara. Aunque sus empleos no se pareciesen, ambos trabajaban con algo

Shinjuku. Gruesas nubes cubrían el cielo. Parecía que iba a ponerse a llover de un momento a otro.

—Pasado mañana tengo la noche libre. ¿Y tú? —dijo Sara.

—Me va bien, sí. Podemos cenar juntos —le dijo Tsukuru. No le había hecho falta abrir la agenda. Por lo general, tenía todas las noches libres.

Decidieron dónde se encontrarían y pusieron fin a la conversación. Tras pulsar la tecla de colgar, notó una ligera molestia en el pecho. Como si no hubiera digerido bien algo de la comida. Una sensación que no tenía antes de hablar con Sara. De eso no cabía duda. Pero no consiguió dilucidar qué significaba, si es que significaba algo.

Intentó reproducir mentalmente, con la mayor exactitud posible, la conversación que acababa de mantener con Sara. Lo que ella le había dicho, el tono de su voz, las pausas... Le dio la impresión de que algo había cambiado. Se guardó el móvil en el bolsillo, volvió a su mesa e intentó comerse lo que quedaba en el plato, pero para entonces había perdido el apetito.

\*

Esa tarde, y durante todo el día siguiente, Tsukuru tuvo que echar una mano a los empleados que acababan de entrar en su empresa; también se desplazó a varias estaciones con el fin de realizar las inspecciones previas a la instalación de nuevos ascensores. Con la ayuda de un asistente, uno de esos jóvenes nuevos en la compañía, tomó medidas para verificar que todo coincidía con los planos que guardaban en la empresa. Para su sorpresa, detectó algunos errores y desajustes. Las causas podían ser muy diversas, pero en aquel momento lo más importante era preparar unos planos fidedignos y detallados antes de emprender las obras. De otro modo, las consecuencias serían

rataies. Como si una unidad de combate desembarcase en una isla desconocida con un mapa plagado de errores.

Una vez terminada la tarea, habló con el jefe de estación y ambos examinaron los diferentes problemas que planteaba la reforma. Con la instalación de los nuevos ascensores, la estación cambiaría, y eso afectaría al desplazamiento de los usuarios. Había que organizar esos cambios. La seguridad de los pasajeros era prioritaria, sin duda, pero también era necesario establecer otras vías para que los empleados de la estación desempeñasen correctamente su labor. Tsukuru era el encargado de proyectar la reforma aunando todos esos elementos y de plasmarla en nuevos planos. Una tarea laboriosa, pero crucial, pues la seguridad de los usuarios estaba en juego. Tsukuru puso manos a la obra. Se le daba bien identificar ese tipo de problemas, enumerarlos e ir resolviéndolos cuidadosamente, uno por uno.

Por otro lado, debía enseñar *in situ* a un joven empleado, falto de experiencia, las peculiaridades de ese trabajo. El joven, apellidado Sakamoto, acababa de licenciarse en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Waseda. Tenía el rostro alargado, era tremendamente callado y nunca sonreía, pero escuchaba con atención y cazaba al vuelo todas las indicaciones que le daban. También tenía maña para tomar medidas. «Este chico vale mucho», pensó Tsukuru.

Con el jefe de la estación que visitaba ese día, una estación de trenes expreso, Tsukuru y Sakamoto estuvieron examinando los detalles de la reforma durante una hora. Como ya era mediodía, les llevaron comida preparada y almorzaron en la oficina del jefe de estación. Luego charlaron relajadamente mientras tomaban una taza de té. El jefe de estación, que era un hombre de mediana edad, entrado en carnes, y muy cordial, contaba con mucha chispa anécdotas relacionadas con las estaciones. A Tsukuru le gustaba trabajar sobre el terreno y escuchar ese tipo de historias. El hombre empezó a relatar-

les entonces anécdotas sobre objetos perdidos. La gente se dejaba olvidadas muchísimas cosas en los vagones y en las estaciones, en ocasiones objetos realmente curiosos. Recordaba, por ejemplo, haber encontrado pelucas, una pierna ortopédica, el manuscrito de una novela (empezó a leerla, pero era un tostón), una camisa manchada de sangre bien empaquetada y metida en una caja, una víbora viva, un fajo de unas cuarenta fotografías en color de sexos femeninos, e incluso instrumentos musicales como, una vez, un inmenso pez de madera...

—A veces no sabes qué hacer con ellos —comentó el jefe de estación—. Un conocido mío encontró una bolsa de viaje que contenía un feto. Por suerte, mis empleados todavía no han encontrado algo así. Pero en cierta ocasión, en la anterior estación de la que fui jefe, me trajeron dos dedos en formol.

—Debe de dar bastante angustia —dijo Tsukuru.

—Sí, sí da angustia. Eran dos dedos pequeños. Flotaban dentro de una especie de tarro de mayonesa envuelto en una bonita bolsa de tela. Parecían dedos de niño cortados de cuajo. Avisé a la policía, como es natural. Podía tener relación con algún crimen. Enseguida vino un agente y se lo llevó. —El jefe de estación bebió un sorbo de té—. Una semana después, apareció el mismo agente que se había llevado los dedos e interrogó otra vez al empleado que se los había encontrado en los servicios de la estación. Yo estuve presente. Según el agente, aquellos dedos no pertenecían a un niño. Los análisis en el laboratorio habían revelado que eran dedos de adulto. Si eran pequeños se debía a que eran sextos dedos. El agente nos contó que a veces nacen personas con seis dedos. Los padres suelen encontrar repugnante esa malformación y deciden amputárselos a sus hijos cuando aún son bebés. Pero también hay personas que los conservan incluso de adultos. Aquellos dos dedos que habían encontrado pertenecían a algún adulto a quien se los habían cortado en una operación

quirúrgica y que los había conservado en formol. Dedujeron que se trataría de un varón de entre unos veinticinco y treinta y cinco años de edad, pero desconocían el tiempo transcurrido desde que se los habían cortado. No me imagino cómo pudo llegar a perderlos o abandonarlos en los servicios de la estación. El caso es que no parecían guardar relación con un delito. Al final, los dedos se los quedó la policía. Nadie vino a reclamarlos. Quizá sigan guardados en los almacenes de la policía.

—¡Vaya historia más rara! —dijo Tsukuru—. Si los conservó hasta la edad adulta, ¿por qué decidió cortárselos?

—Sí, es un misterio. A raíz de ello, me interesé por el tema y estuve recabando información. Es un trastorno que se llama polidactilia, y muchas celebridades la han padecido. No sé si será verdad, pero hay testimonios de que Hideyoshi Toyotomi tenía dos pulgares en una mano.\* Existen muchos otros casos. Pianistas, escritores, pintores, jugadores de béisbol... Entre los personajes de ficción, el doctor Hannibal Lecter de *El silencio de los corderos* tenía seis dedos. No se trata en absoluto de algo excepcional, y de hecho el gen que lo provoca es un gen dominante. Al parecer, aproximadamente una de cada quinientas personas nace con seis dedos, aunque el porcentaje varía según las razas. Sólo que a la mayoría, tal como he dicho antes, se lo amputan sus padres antes del primer año de vida, cuando los dedos empiezan a desempeñar su función. Por eso apenas tenemos ocasión de verlos. Yo, hasta que me trajeron aquel objeto perdido, ni siquiera sabía que existían personas con seis dedos.

—Pues sí que es extraño. Si se trata de un rasgo dominante, ¿cómo es que no hay mucha más gente con seis dedos?

El jefe de estación ladeó la cabeza, dubitativo.

\* Hideyoshi Toyotomi (1537-1598) fue uno de los soberanos feudales más poderosos de la historia de Japón. (N. del T.)